

STEFAN ZWEIG

**EL MUNDO
INSOMNE DE 1914**

TRADUCCIÓN

Borja Villa y Álvaro Ramos

s e r i e c e r o

Índice

INTRODUCCIÓN

Zwei... Zweig. Memorias y olvidos de un europeo Antoni Martí Monterde	7
Viaje de vuelta a Austria	27
Unas palabras sobre Alemania	33
El mundo insomne	39
A los amigos del extranjero	49
La recuperación de Galitzia	55
Sobre los días de la ofensiva alemana en Galitzia	69
Sobre el poeta «austríaco»	77
El país sin patriotismo	83

ZWEI... ZWEIG

Memorias y olvidos de un europeo

Antoni Martí Monterde

El tiempo de Stefan Zweig es doble: tiempo vivido, tiempo escrito; casi siempre en relación con el mundo de ayer, que también es doble. Su propio apellido parece insinuar esta dualidad: *zwei*, dos en alemán. De hecho, leyendo al escritor vienés más célebre del siglo pasado, se percibe enseguida que nada de lo tan bella y lúcidamente escrito en sus memorias podía corresponderse con un hoy concreto, tangible; al contrario, la belleza y la serenidad de las páginas de Zweig construían una Europa posible, deslumbrante, perdida, detrás de la cual —sin negar la realidad que él narraba— estaba la verdadera Europa.

Sin duda, todo lector asiduo de Zweig asocia su nombre con un pacifismo y un europeísmo prácticamente incuestionables. Esta impresión puede rastrearse en un gran número de páginas de su obra, tanto en relatos y biografías como en ensayos y memorias. Por ejemplo, cuando estalla la Primera Guerra Mundial, Zweig reflexiona en *El mundo de ayer*:

Se «combatía» a Francia e Inglaterra en Viena y en Berlín, en la Ringstrasse y en la Friedrichstrasse, cosa mucho más cómoda. Los letreros franceses e ingleses tuvieron que desaparecer de los comercios. [...] Comerciantes probos y honrados sellaban o timbraban sus cartas con la frase «Dios castigue a Inglaterra» y damas de la alta sociedad juraban (y lo escribían en cartas a los periódicos) que mientras vivieran, nunca más pronunciarían una frase en francés. Shakespeare fue proscrito de los escenarios alemanes; Mozart y Wagner, de las salas de conciertos francesas e inglesas; los profesores alemanes explicaban que Dante era germánico; los franceses, que Beethoven era belga. [...] La confusión mental se volvía cada vez más absurda.¹

Este ambiente no solo propiciaba la disputa en y por las fronteras e ideologías, sino también cierta tensión en personas para las que estas cuestiones nunca habían tenido la más mínima relevancia, ni cotidiana ni política: «La cocinera ante los fogones, que nunca había salido de su ciudad ni había abierto un atlas desde que iba a la escuela, creía que Austria no podía vivir sin el ‘Sandschack’ (pequeño distrito fronterizo en algún lugar de Bosnia)».² Sin embargo, no se trataba solamente de una evolución constatable en aquellos sectores de la sociedad aparentemente me-

1 Stefan Zweig, *El mundo de ayer. Memorias de un europeo*, trad. esp. de Agata Orzeszek y Joan Fontcuberta, Barcelona, Acantilado, 2001, p. 299.

2 Ibid.

nos politizados, pues había pasado lo mismo con el conjunto que, debido a las tertulias en los cafés atestados de periódicos, se identificaba con una de las juventudes mejor informadas y más inteligentes de Europa: «Los más pacíficos, los más benévolos, estaban como ebrios por los vapores de sangre. Amigos que había conocido desde siempre como individualistas empedernidos e incluso como anarquistas intelectuales, se habían convertido de la noche a la mañana en patriotas fanáticos y, de patriotas, en anexionistas insaciables».³ Ciertamente, así debía ser en cualquier ciudad europea, grande o pequeña, cosmopolita o no, de los países implicados en la contienda.

Cabe recordar que estas páginas se escribieron veinticinco años después de los acontecimientos que narran, sobre los que toda esta generación, así como la inmediatamente posterior, tenía sus propios recuerdos. La estrategia narrativa de Zweig, con la distancia temporal, subraya otra distancia de carácter ideológico y personal. «Solo había una salida: recogerse en sí mismo y callar mientras los demás delirasen y vociferasen».⁴ Ante tales circunstancias, no era mal consejo; pero ¿era posible hacerlo? Nada de esto encaja con las páginas que el lector tiene entre manos.

¿Se encerró Zweig, ensimismado, durante la guerra? La prolífica actividad que despliega como pacifista e internacionalista durante esos años indica claramente que no lo hizo del todo, que el misterio

3 Ibid., p. 301.

4 Ibid.

de la creación artística no le resultó incompatible con una intensa implicación a favor de la conciliación internacional. Si bien es cierto que, durante la guerra, sus contactos personales le permitieron ejercer de bibliotecario en los archivos de Ejército,⁵ esta dedicación declarada al entendimiento internacional resulta poco compatible con una estructura pública profundamente vigilada, tal y como cuenta en *Buchmendel* y reflejan sus propias cartas. Veremos que no era el único compromiso del autor. Pese a todo, los cientos de páginas escritas en ese sentido, especialmente a partir de 1915, son suficientes para que el lector confíe plenamente en sus *Memorias de un europeo*. De hecho, eclipsadas por sus novelas, biografías y memorias, las páginas ensayísticas de Zweig suelen pasar desapercibidas, aunque forman un conjunto coherente con algunos relatos que parecen más bien crónicas o testimonios ficcionalizados, como *La colección invisible* o *Buchmendel*, entre otros. Pero es un corpus al que debemos añadir unos diarios y un epistolario que, desafortunadamente, hasta la fecha permanecían ausentes en nuestro contexto editorial. Diarios y cartas de unos días sin duda difíciles de vivir y comprender y, por tanto, también de recordar, de hacerlos recordar. Aquellos primeros instantes de la Gran Guerra significaron para Zweig, como para todos en Europa, una movilización ineludible.

Los artículos que presentamos en este libro son precisamente aquellos que Zweig publicó en las semanas inmediatamente posteriores a la declaración

5 Ibid., p. 293.

VIAJE DE VUELTA A AUSTRIA

Publicado en la *Neue Freie Presse*
de Viena el 1 de agosto de 1914
con el título «Heimfahrt nach Österreich»

Ostende, la playa y el mar: el blanco contorno de las casas se recorta contra el azul infinito, las olas y el cielo. En medio, un colorido remolino de gente tranquila camina arriba y abajo, de un lado a otro. Quieren verse, sentirse en el aire claro, luminoso, disfrutarlo todo, el cielo y el mar, el lujo y la belleza, la abundancia y el descanso. Pero hace ya tiempo que no podéis formar parte. De golpe la fiebre se ha apoderado del día y no hacéis otra cosa que esperar, esperar hasta que lleguen al mediodía los periódicos con las noticias de París, de todo el mundo. Desde la lejanía se va acercando por los callejones el grito de *Le Matin*, *Le Journal*, *L'Echo de Paris*... ¡Cómo se arrojan todos hacia ellos! Las páginas cambian bruscamente de unas manos a otras y el grito continúa su camino a lo largo del dique hasta que, entre el rugir de las olas y el fragor de la ciudad, se extingue.

Agarras un periódico, pasas las páginas a pesar del viento para descubrir las noticias, las noticias

y nada más. Porque el resto, en estos diarios franceses, ya no lo puedes leer: es demasiado doloroso, irrita, enfurece. Resulta insoportable leer que Austria quiere violentar el mundo eslavo o que la brutal Alemania tiene ganas de guerra. Cientos de veces nos hemos reído de las amenazas de París, de todo el mundo, pero hoy, en la hora decisiva, de pronto se incendian y abrasan los labios, que no pueden responder ya a la palabra escrita. El francés, lengua a la que hemos dedicado años de amor y cariño, ahora suena hostil. Nos sentimos asediados, rodeados por una red de mentiras y rencor, y parece que la única liberación posible es la huida, la vuelta a casa, a Austria. Creemos genuinamente que ahora todo el mundo debe estar cerca, que todo aquello que agita a un país no puede apreciarse desde fuera, desde las últimas y frías fibras nerviosas, sino con fogosidad en la sangre, en el corazón, en la capital.

¿Lo sienten así también los otros? ¿La llamada es ahora para todos igual de intensa? ¿Nos empuja a cada uno con la misma fuerza la gravedad del peligro, la importancia de la unión? Parece que sí, porque en dos o tres días la playa queda desierta y, en cambio, la oficina de los trenes nocturnos está atestada de gente, el teléfono no para de sonar, los telegramas vuelan. Y cuando llegáis, con alegría, a la estación, encontráis el equipaje amontonado en altas barricadas. Una hilera de vagones se acerca silbando, todo el mundo quiere ir a Alemania, a Austria; una multitud tumultuosa e inquieta confluye en la estación, como si la ciudad entera quisiera asegurarse un hueco dentro de estos trenes. Los vago-

nes-restaurante, los pasillos están ya impracticables y, sin embargo, no para de montarse gente, cada vez más: incluso aquí, en un país neutral, se prevé repentinamente la pasión trágica que mañana y al día siguiente vibrará tal vez a través de diez mil ciudades del Viejo y del Nuevo Mundo.

El tren acaba arrancando, pero la agitación no parece haberse quedado en el andén. La fiebre late en los pasajeros. Como animales enjaulados, recorren los pasillos de arriba abajo. Nunca se había visto tanto movimiento dentro de un tren. Los desconocidos se comunican entre ellos: a todos les asalta la necesidad de hablar, de aligerar el ánimo; a todos les complace su compañero de viaje, inspirados por una hermandad inconsciente. Lentamente se suceden las ciudades al paso del tren. En cada una la gente espera noticias, diarios, telegramas, en cada una se apean impacientes a la caza de información, corren rumores —nadie sabe cómo han podido acceder a los veloces vagones— de que Rusia ha declarado la guerra. Un instante después, quién sabe por cuántas veces ya, el rumor es desmentido, pero la fiebre arde, arde y arde, la fecha inscrita con letras de fuego en el corazón de todos.

Herbensthal por fin, la frontera alemana. El tren se detiene antes de llegar a la estación, el temblor rojo de unas luces atraviesa la noche cerrada; pasan quince, veinte minutos. Incluso el suceso más insignificante provoca cientos de conjeturas sobre la movilización alemana, sobre caminos cortados. La mente está tan cargada de estas ideas que basta un estímulo fugaz para darles vida, tan poblada de pesadillas que